



FERNANDO QUILODRÁN

EL CÁCERES DE LUIS MAGAÑA

Juanito no se explica el porqué de "el techo que le han puesto al balconcillo del cura si está dentro de la iglesia y ni le puede dar el sol ni le puede llover". A menos, piensa, "que se lo hubieran puesto mientras hacían la iglesia y cuando la terminaron se les olvidó sacárselo". Y como no para allí su necesidad de comprender el extraño fenómeno, agrega: "También puede ser que haya una gotera en el techo de la iglesia y cae el agua justo ahí".

El niño es el personaje de la última novela de Luis Magaña Cuadrado, "Aventuras de Juanito en Cáceres", decididamente autobiográfica y que comparte con sus anteriores —"Maldita guerra" y "Arena, moros y legionarios"— la cualidad de lo espontáneo y preciso. Esto de "preciso" no significa, en modo alguno, que estemos ante la prolífica obra de un escritor que nos ofrezca lo justo, medido y mezquinamente; o que ande en busca del detalle naturalista, vicio que, como se sabe, muy raramente puede convertirse en virtud.

Con esto de "preciso" quiero aludir más bien a la propiedad de los diálogos, del lenguaje y de la estructura misma del relato. En este caso, un texto en el que se despliegan algunos años de una infancia transcurrida en una ciudad a la que el autor-personaje llegó a los 4 años de edad y en la que vivió y correteó hasta sus 10.

La infancia, pareciera insinuarnos Magaña "insinuar", porque le está muy lejos el tono pedantesco del que otorga lecciones—, es esencialmente un período de conocimiento. Y para conocer hay que comenzar por sorprenderse. Juanito es un niño "sorprendido". Todo le produce una irresistible curiosidad y, como carece de la prudencia que suele acompañar a la sabiduría, su existir es un aventurarse de episodio en episodio,



de plaza en plaza y de persona en persona que va encontrando, y no sin riesgos, en su vagancia feliz.

La inteligencia se alimenta de conocimientos, de experiencias reflexionadas o aprendidas, y a falta de ellos —lo que es natural cuando se tienen tan pocos años— lo que impera, y soberanamente, es la fantasía. Y cuando el recurso es bueno —la fantasía, digo— lo que resulta de ese comercio del niño con su mundo es, precisamente, un mundo encantado. Es claro, "encantado" pero no carente de realismo, de ese buen sentido que surge de una naturaleza armoniosamente instalada en su espacio.

Así, Juanito se enfrenta al pedagógico terror de "los gitanos, o los butes, esos seres malignos que pueden transformarse en cualquier cosa" y cuyo destino y vocación manifiesta es robarse a los niños. Y está "el Francés", un soldado al que mataron "de un hachazo en la cabeza" por pretender robarse "a una de las hijas de los señores que vivían en esta casa", cuya sombra ronda por la casa y de cuya muerte no se enteró Napoleón aunque "seguramente lo echaron de menos y creyeron que se había ido o se perdió". Así se va aprendiendo la historia y distribuyendo las cartas entre los buenos y los malos, ya que eso ocurrió

AUTORÍA

Quilodrán, Fernando, 1936-2017

FECHA DE PUBLICACIÓN

2009

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Cáceres de Luis Magaña [artículo] Fernando Quilodrán.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile